8.

BELLEZA MORAL

DE

MARÍA SANTÍSIMA

EN SU

INMACULADA CONCEPCION.

PANEGÍRICO

POR DON JUAN BAUTISTA MOGA,

PRESBÍTERO, S. I.

La fiesta que en honor de la Inmaculada celebraron los Congregantes de San Luis y las Hijas de María y de Santa Teresa en la iglesia de la Clerecía de Salamanca, el pasado Diciembre, fué memorable por más de un concepto. Con mayor pompa y majestad que de ordinario se ostentó la grandeza del culto católico, llenaron los fieles las naves del espacioso templo, y el panegírico del sublime misterio, pronunciado por el presbítero D. Juan B. Moga, cautivó enteramente la atencion del auditorio. No fueron bastantes el recogimiento y respeto á impedir que en el tiempo que el orador ocupó la sagrada cátedra, estuvieran en él fijas todas las miradas, y que con una sonrisa de complacencia manifestaran no pocos la simpatía y gusto con que era escuchada. A la bondad y eficacia de las razones daba mayor realce y atractivo

la sentida y vehemente palabra del orador, que sin arrebatos impropios del lugar y ocasion mostraba, sin embargo, la uncion sagrada de su alma y la espontaneidad de los dulces afectos que consagraba á María. Aunque el panegírico no fué corto, á todos pareció tal, y al concluirlo, amigos y desconocidos se acercaban al orador, dándole afectuosamente una enhorabuena muy distinta de las que están en uso.

Y estaba en verdad justificado que se traspasaran aquel dia los límites de la costumbre; porque tambien el panegírico era bastante por sí solo á dar á su autor una reputacion que desde aquel dia, pese á la modestia y humildad del sacerdote, iba á ser por todos reconocida y confirmada.

Sabidas son las dificultades que siempre ha presentado la oratoria sagrada, cuya principal exigencia es la de poner, en cuanto sea posible, la divina palabra al alcance de todos los entendimientos, para que á todos enseñe y edifique; dificultades áun mayores en puntos dogmáticos, y más aún en misterios como el de la Concepcion de la Vírgen. Para penetrar su grandeza, no tiene alcances la inteligencia racional, ni el humano lenguaje palabras con que declararla.

Así es que en esas alturas teológicas y metafísicas cuesta mucho trabajo mantenerse firme, y ya que se logre, parece insuperable la dificultad de elevar tanto el ánimo del auditorio. Pues bien, el mérito del presente panegírico y su importancia científica y oratoria consisten en haber logrado tan elevado propósito; pues, á pesar de las profundas razones y abstrusos conceptos, no resultó una conferencia para sabios, sino una oracion para todos; y en ella las galas del estilo y los adornos de la elocuencia no fueron rebuscadas figuras de dudoso

gusto: brotaron naturalmente como flores, al calor del entusiasmo y cabal conocimiento del asunto, en campo fecundado por la verdad cristiana.

Ya en el exordio quedó sólidamente establecida la base del discurso, para que resultara con el enlace, órden y conexion que en todo él resplandecen. A pesar de que la mayor parte de los autores, respetables los más, hacen consistir en el órden mismo la esencia de lo bello, prefirió, sin embargo, el orador partir de una verdad indiscutible, es á saber, que donde hay órden hay belleza; y haciendo notar á continuacion que entre las cuatro clases definidas por los estéticos, resplandece pura y fecunda en obras la belleza moral, de la que es María perfecto tipo y dechado, surge naturalmente del fin del exordio el principio de la proposicion.

En el sagrado texto *Tota pulchra es, amica mea, et macula non est in te*, está naturalmente contenido el asunto; en la union de las dos partes y proposiciones se halla la clave y fundamento del panegírico; en la enunciacion y desenvolvimiento de las pruebas rigorosamente encadenadas, el ordenado conjunto del sagrado discurso, en que la ciencia y la lógica, la sabia disposicion oratoria y la natural, elegante y apasionada elocucion mutuamente se alimentan y realzan.

Sin necesidad de expresarlo con todo rigor dialéctico, en un silogismo perfecto se encierra la primera parte del panegírico. No hay órden moral superior al que resulta de la gracia santificante, y desde el primer momento de su ser fué de ella adornada en sumo grado el alma de la Vírgen: de donde lógicamente se concluye que entre las criaturas fué María perfecto tipo de hermosura inestimable.

En la prueba de la premisa mayor (difícil tarea. tra-

tándose de asunto tan delicado), compendia el orador muy profundas nociones teológicas sobre la gracia santificante en una exposicion sucinta y sencilla, en que no sobra una palabra, ni falta un concepto indispensable ó conveniente para presentar la gracia, sobre todo como principio de actividad, fuente de vida, raíz en que se alimentan las virtudes teologales y morales, conducto por donde al alma llegan los dones del divino Espíritu. Al mostrar despues cómo María poseyó la gracia santificante en el más alto grado y en proporcion con la excelsa prerogativa de la maternidad del Verbo, da el orador prueba patente de su conocimiento de los Santos Padres con las más pertinentes y expresivas citas, y deja, como sin quererlo, natural expansion á dulces afectos en galas sencillas y arranques oratorios de selecto gusto.

Cuando parecía, por lo mismo que no hay divagaciones ni declamatorios paréntesis, agotada enteramente la materia, consumada la prueba y terminado el panegírico, de nuevo la inteligencia y la fantasía remontan el vuelo, atraidas y encadenadas por la sublimidad de un asunto, de cuya contemplacion y exámen no se cansa el entendimiento ni el corazon se hastía. Había demostrado el orador su intento, considerando de un modo absoluto la plenitud con que la Vírgen poseyó la gracia santificante en el momento de su Concepcion Inmaculada: pasando á considerar semejante posesion de la gracia con respecto al fin de la creacion, descubre en María otro argumento de su incomparable belleza; pues siendo la única entre los hijos de Adan que haya poseido la gracia en el primer momento de su ser, representa y compendia en sí todo el órden moral de la creacion visible.

Las más altas verdades teológicas y principios meta-

físicos resplandecen en esta segunda parte del discurso, dignamente expresados en estilo que no decae un punto. El propósito de la creacion en el amor, su fundamento en la libertad de un Ser que, siendo perfeccion y felicidad sumas, no halla fuera de sí cosa alguna que le sea necesaria (dogmas trascendentales para prevenir los mayores absurdos racionalistas), la formacion del hombre á imágen de Dios, el don de la gracia santificante principio de unidad, que mantiene subordinados á la ley de la razon los impulsos y potencias inferiores, y que sin quitar al hombre su libre albedrío es garantía contra su inconstancia, todas estas nociones, clara y brevemente enunciadas, son otras tantas pruebas de cómo el orador supo conciliar con el piadoso intento las más sanas enseñanzas filosófico-teológicas en un asunto esencialmente poético y conmovedor. Ofrece aquí el panegírico un modo bellamente original de relacionar con el dogma de la caida el de la Concepcion Inmaculada de la Vírgen. Despues de decir que con la gracia comunicó Dios al hombre en cierto modo su propia naturaleza, dándole con ella el derecho de ser casi infinitamente por él amado, contempla el orador la maldad, las miserias, el error, la muerte, señores del imperio que corresponde al bien, á la dicha, á la verdad y á la vida. La rebeldía del primer hombre, en quien todos perdimos la alteza de nuestros destinos inmortales, turbó el concierto del órden moral, puso en revolucion nuestras potencias, y sembró en el mundo la semilla de innumerables males. ¿Se frustró con esto el plan de la creacion? ¿Se cerró al hombre el camino del cielo? María con la gracia santificante compendia en sí todo el órden moral de la creacion visible, y en este órden se complace Dios *ab aeterno*, cuando áun no había salido la creacion del cáos de la nada.

¡Hermosa conclusion, apoyada en el testimonio de muchas y muy oportunas citas, adornada con sencillas flores de elegante estilo, resplandeciente con el fuego de una uncion vehementísima, más poética é interesante, si cabe, con el recuerdo de los romeros españoles que fueron á reiterar el testimonio de su fe á los piés del gran Pio IX, en quien, hasta donde es posible en persona humana, renuevan sus verdugos las supremas agonías de la pasion! Termina, finalmente, el panegírico con una peroracion, cuya apasionada elocuencia sólo ha podido brotar de un corazon ardientemente enamorado de la Vírgen Inmaculada.

No era razonable que de panegírico tal quedase sólo el fugaz recuerdo en el reducido círculo del auditorio piadoso. Pero despues de vencida la humildad y la modestia, dificultades imprevistas han ido aplazando esta publicacion, llevada por fin á cabo con notable elegancia tipográfica y enriquecida por el autor con un bellísimo prólogo y excelentes notas. No creemos que en vista de esa obligada dilacion pueda nadie dudar de su actual oportunidad. Porque, áun prescindiendo de que nunca es inoportuno publicar las alabanzas de María, especialmente en su más hermoso misterio, la justifica de sobra el carácter propio de este panegírico, que contiene, revestido de todas las galas oratorias, un breve, pero muy sustancial tratado, acerca de la belleza moral de la Vírgen en su Purísima Concepcion. Justifícala asimismo la circunstancia de haber nuevamente inaugurado sus tareas la Juventud Católica de Salamanca. La comision de propaganda, tan escasa de recursos como rica de buenos deseos, se asocia al virtuoso y sabio Sacerdote que tan dignamente alabó á la que es Patrona de la Juventud Católica, y no puede dar principio á sus tareas de

mejor modo que recomendando un trabajo que, á más de su piadosa significacion, tiene innegable importancia científica y literaria. Al frente de ulteriores empresas ponemos á María Inmaculada para que sobre ellas desciendan las bendiciones del cielo.

E. Gil.

Salamanca 5 de Mayo de 1877.

Con aprobacion de la Autoridad eclesiástica.

Dicho panegírico se halla de venta en Madrid, en la librería de la *Viuda é Hijo de Aguado*, calle de Pontejos, núm. 8; y en Salamanca, en la librería católica y científica de *Miguel Iglesias Gurruchaga*, plaza del Corrillo, núm. 10.
Véndese en la Península á 6 rs.; y á 8 id., en Ultramar.

Madrid. Imp. de Aguado, Pontejos, 8.

BELLEZA MORAL

DE

MARÍA SANTÍSIMA

EN SU

INMACULADA CONCEPCION.

PANEGÍRICO

POR DON JUAN BAUTISTA MOGA,

PRESBÍTERO, S. I.



MADRID:

IMPRENTA DE LA VIUDA É HIJO DE AGUADO.—PONTEJOS, 8.

1877.

Con aprobacion de la Autoridad eclesiástica.

AL LECTOR.

Cumpliendo los deseos de muchos y cediendo á las repetidas instancias de algunos, me he determinado á publicar el panegírico de la Purísima Concepcion, que en Diciembre próximo pasado prediqué en la Iglesia de la Clerecía de esta ciudad por tantos títulos nobilísima. Al preguntarme á mí mismo cuál podría ser la causa del bondadoso interés con que fué entonces oido, y del empeño que despues se ha mostrado en que saliera á luz, no me ha ocurrido otra sino la gran devocion de mis oyentes á la Inmaculada Concepcion de María; pues como debieron de entender lo mucho que yo tambien ansío tenerla arraigada en el corazon, naturalmente se sintieron inclinados á reputar por ménos indignas de lo que son en sí mis alabanzas de la Vírgen Inmaculada.

En cuanto al *carácter* del presente panegírico, no quiero ocultar un recelo que estoy léjos de tener por infundado. Me temo que no lo aprueben en parte aquellos, en cuyo sentir se obra de un modo poco conforme al verdadero

celo por el bien de las almas, siempre que se dice algo que no esté al alcance de los oyentes más rudos y sencillos. Si en un punto que atañe tan de cerca á la recta interpretacion de los principios de oratoria sagrada, no faltase entre mis lectores quien así opinara, humildemente le aconsejaría que leyese ó recordase los escritos oratorios de los Santos Padres; y, ó mucho me engaño, ó en sus panegíricos, sermones morales y áun simples homilías hallaría trozos nada fáciles de entender para las personas faltas de intelectual cultura. Dígase lo propio de las demas obras, que con las de los Santos Padres se estiman como modelos de sagrada elocuencia. Por lo cual, mi parecer es que en esta materia no se puede en manera alguna prescindir ni de la naturaleza del asunto que se debe tratar, ni de la diversidad, á veces tan notable, de los que componen un mismo auditorio, ni del fin particular que le parece conveniente proponerse al predicador evangélico entre tantos como caben dentro de los límites que tiene señalados.

Segun esto, habiéndoseme encargado el panegírico de la Purísima Concepcion, ¿se me permitía probar que éste es el misterio de la belleza moral de María? ¿Cómo podía alguien dudarlo, cuando él mismo quizá, como á otros muchos acontece, no acierta á pensar en dicho misterio sin que le vengan á la memoria y le broten de los labios aquellas palabras del Cantar de los Cantares: *Toda hermosa eres, amada mia, y no hay mancha en tí?* (1) Y ¿qué consideracion puede haber más grata á los devotos de la Con-

---

(1) Tota pulchra es, amica mea, et macula non est in te. (Cant., IV, 7.)

cepcion de la Vírgen, y más propia y eficaz para confirmarlos en su devocion? A no ser, pues, que se me quisiese obligar á repetir de mil modos, sin probarlo nunca, que fué la Santísima Vírgen en su Concepcion perfecto ideal de belleza, sólo me tocaba aducir las pruebas que tuviesen, á mi juicio, más claridad y certeza: es lo único que he procurado hacer. Y el notar desde luégo que la sana filosofía y la teología me las suministraban evidentes, fué para mí cosa de inexplicable alegría, ya por los motivos expuestos, ya porque de esta suerte iba á lograr que esas dos reinas de las ciencias rindiesen vasallaje á la *inmaculada* belleza de María con prestarme sus nociones, áun las ménos conducentes al parecer á mi objeto. Ademas se me ofrecía ocasion oportuna de mostrar indirectamente cuán fundadas estarán en razon las verdades fundamentales de nuestra santa fe, mostrando cuánto lo está una verdad que, si bien cede muy en honra de la Vírgen, podían mirarla algunos como pia creencia á lo más, propia tan solamente de un sencillo y acaso exagerado misticismo. ¡Ojalá me hubiese sido dado hacer uno y otro con algo del admirable acierto y uncion maravillosa con que Suarez, *Doctor Eximio* (1) y uno de los más amantes y regalados hijos de la Inmacula-

---

(1) Dióle á Suarez tan glorioso renombre, primero Paulo V en uno de los cuatro Breves con que le honró, y en seguida la universal aclamacion de su siglo, que fué el siglo del Concilio de Trento. Para entender cuánto acredita y avalora este hecho las obras filosóficas y teológicas de Suarez, no hay que olvidar que el Escolasticismo estaba entónces en su mayor auge y esplendor, y que la Compañía de Jesus contaba ya entre sus hijos á Toledo, Vazquez, Molina, Valencia, Belar-

da, supo valerse de sus vastísimos, profundos y del todo seguros conocimientos en filosofía y teología para declarar las excelencias de María Santísima, particularmente las de su limpia y pura Concepcion [1].

No me resta sino pedir á Cristo Señor nuestro que, perdonándome lo indignamente que he ensalzado la hermosura de su Purísima Madre, se digne bendecir mis palabras. Me daría ciertamente por muy dichoso, con tal que, siquiera con repetir, como lo hago, el nombre siempre tan dulce de la Inmaculada, encendiese una centella más de amor para con la misma en el corazon de uno solo de mis lectores. Pero no me contento con esto: sería muy poco para lo que se merece la Señora, y para lo que le debe mi agradecimiento por los señalados favores, que desde mi tierna edad de su amorosa mano he recibido. Quisiera contribuir, como instrumento de la divina gracia, á que cuantos leyeren este panegírico, amaran tan de veras á la Purísima, y por ella al Sacratísimo Corazon de Jesus, que éstos fuesen indivisiblemente los

---

mino, Fonseca y tantos otros varones celebrados por su sabiduría, que sería largo enumerar.

Quien desee formarse un breve, pero fiel concepto, de la santidad y doctrina del que fué el más claro ornamento de la escuela de la Compañía, no deje de ver detenidamente el notabilísimo *Discurso leido ante la Universidad literaria de Granada en la solemne apertura del curso académico de 1876-77 por el Dr. D. Francisco Javier Simonet, catedrático de la Facultad de Filosofía y Letras. Granada, imp. de D. Indalecio Ventura*, 1876.

(1) En el segundo tomo de sus Comentarios y Disputas sobre la tercera parte de la Suma de Santo Tomás.

únicos amores, y ésta la única vida de su corazon. Cuando á tal estado se llega, sólo queda por desear sobre la tierra el consuelo de padecer, á fin de que el amor se acendre más y más con el sacrificio, y el consuelo de morir, para poder amar ménos imperfectamente en el cielo.

J. B. Moga, S. I.

Salamanca, fiesta de la Purificacion de Nuestra Señora de 1877.



Tota pulchra es, amica mea, et macula non est in te. (Cant., IV, 7.)

Toda hermosa eres, amada mia, y no hay mancha en tí.

Grande es sin duda el hombre, amadísimos oyentes, por el sello de nobleza que le imprime su libre albedrío. Sin embargo, no ménos grande me parece, cuando rinde su libertad al imperio dulcísimo de uno de esos sentimientos dignos de cautivar su corazon, como lo es con singular ventaja el amor de la belleza; pues tan suaves son sus encantos, que no pueden ménos de ejercer sobre nuestras potencias poderoso atractivo, y son de suyo tan puros que, á más de inspirarnos desapego de las cosas visibles, nos mueven á buscar con amorosas ansias aquella eterna é infinita belleza, de la que es imperfectísimo trasunto la belleza creada.

Y si ahora me preguntais qué debe entenderse

por belleza, os confesaré ingenuamente que más se deja sentir que conocer, por ser el amor que en nosotros despierta, no parto de la reflexion, sino sentimiento natural y espontáneo. Por eso no es de extrañar que las gloriosas investigaciones de la filosofía, así gentílica como cristiana, no hayan sido parte para disipar del todo las misteriosas sombras en que está envuelta su naturaleza. En una cosa, empero, convienen las mejores escuelas y convenimos todos, y es en dar el nombre de bellas á las cosas en que resplandece consonancia, órden, proporcion, armonía, ó sea unidad en la variedad y variedad en la unidad (1). Puedo, por tanto, apropiarme las breves al par

(1) De aquí no se sigue segun las reglas de lógica que la esencia de lo bello consista en el órden, sino simplemente que donde hay órden, hay tambien belleza: cosas por cierto muy distintas. Lo segundo puede servirme de segura base y fundamento para toda mi argumentacion; no así lo primero que, sin embargo de ser la opinion más comun y autorizada, es negado por autores de mérito, y no estriba, á mi entender, en razones cuya fuerza llegue hasta el grado de certeza. Por esta causa me ha parecido mejor ceñirme á señalar la relacion de mutua inseparabilidad, que media entre la belleza y el órden, sin averiguar si éste constituye total ó parcialmente la esencia de aquella, ó bien no es más que una propiedad suya esencial, ó una condicion absolutamente necesaria. Ni es otra mi mente cuando expongo inmediatamente despues cuáles sean las varias especies de belleza.

que profundas palabras de San Agustin: *Nihil... est ordinatum, quod non sit pulchrum* [1]. «Nada hay ordenado que no sea hermoso.» De forma que si encontráreis un objeto cuyas partes compongan un todo armónico, habreis encontrado la belleza física ó espiritual, segun fueren esas partes propia ó equivalentemente distintas; si vuestra inteligencia descubre la íntima y delicada trabazon de varias verdades, reduciéndolas así á un mismo principio, ahí teneis la belleza intelectual; finalmente, cuando el órden afectivo de la voluntad corresponde en todo al órden objetivo originado de las relaciones esenciales de las cosas, está hermoseada el alma con la belleza moral. Segun la doctrina unánime de los Agustinos y Ambrosios, de los Gregorios y Basilios, de Clemente y Orígenes, y asimismo de los más renombrados filósofos de la antigüedad pagana [2], por más que la torpe sabiduría de la carne no quiera ni merezca entenderla, esta última clase

---

(1) De vera Relig., c. XLI, n. 77.

(2) Esta enumeracion la he tomado del capítulo 2.º de la parte primera de la obra del P. Jungmann, de la Compañía de Jesus, intitulada *La belleza y las bellas artes segun las doctrinas de la Filosofía socrática*

de belleza es la más verdadera de todas, y á todas hace incomparable ventaja. Porque á diferencia de la belleza intelectual y espiritual, léjos de ser tal vez estéril, se ostenta siempre fecunda en frutos de justicia, ni al modo de la belleza física pende en su orígen y duracion de los caprichos de la suerte, ó puede hermanarse con la horrible deformidad del vicio. Y ésta cabalmente es la belleza, para la cual vengo hoy á pediros justo tributo de admiracion y amor.

María en su Concepcion se presenta ante mis ojos, y me propongo presentarla á los vuestros, como tipo acabado de belleza moral. Considerarla con espíritu de fe en el primer momento de su ser, y hallarla revestida de inestimable hermosura moral, es todo uno. Ya bastantemente nos lo indica el que hasta el solo recuerdo de este misterio engendre en nuestros ánimos tanta suavidad, y en nuestros corazones ardores tan puros y apacibles, siendo éstos los dos efectos

---

y de la cristiana. (Traducida directamente del aleman por D. Juan M. Ortí y Lara. Madrid, tip. de Pascual Conesa, calle de la Justa, número 25, 1874.) Véanse en el citado capítulo los testimonios correspondientes, traidos con escogida erudicion.

característicos de la belleza. Aún más lo denota el que la Iglesia ([1]) se haya complacido en aplicar á la Vírgen en el momento de su Concepcion los castos encomios, con que el Esposo de los Cantares encarece las gracias de su amada, mayormente aquel en que exclama: *Tota pulchra es, amica mea, et macula non est in te. Toda hermosa eres, amada mia, y no hay mácula en tí.* Mas á fin de moveros á seguir profesando hasta la muerte una devocion verdadera á la Inmaculada Concepcion de María, es mi intento, amados oyentes, poneros de manifiesto esta verdad, no reparando en acudir á los principios mas sólidos de la teología y filosofía cristiana.

Bien veo, Vírgen Inmaculada, que no es poco mi atrevimiento en querer ensalzar vuestra divina hermosura, ya que para hacerlo dignamente no fueran bastante puros los labios de un serafin. Espero, no obstante, de vuestra maternal bondad que mirareis tan sólo el deseo que me anima de avivar más y más la devocion de mis oyentes al

---

([1]) *Tota pulchra es, Maria, et macula originalis non est in te.* (Misa de la Inmaculada, 2.º versículo del Gradual.—Oficio divino de la misma fiesta, 1.ª antífona de Vísperas y de Laudes.)

misterio de vuestra Concepcion Purísima. Vuestra honra está interesada; bendecid, pues, mis esfuerzos, celestial Señora. Os lo pedimos con las palabras con que fuísteis saludada por el Angel *llena de gracia*, y por lo mismo siempre exenta de toda mancha de pecado. *Ave Maria.*

En este mismo texto en que celebra el divino Esposo la belleza de su amada, llamándola *toda hermosa: Tota pulchra es, amica mea,* hallo yo la más evidente prueba de lo que intento demostraros, pues en seguida se añade: *et macula non est in te, y no hay mancha en tí,* y precisamente por haber carecido María en su Concepcion de la mancha del pecado original, fué en la misma tipo de moral belleza.

El pecado original, amados católicos, es la privacion de la gracia santificante, trasfundida en nosotros por vía de generacion, é imputable á nuestra voluntad, en cuanto que pecamos juntamente con Adan, en quien estábamos natural y moralmente contenidos. Por lo tanto, el extraordinario privilegio, por el cual fué la Vírgen objeto de la solicitud más cariñosa de la divina Provi-

dencia, tuvo por efecto revestir su alma de la gracia santificante en el mismo momento, en que nosotros todos, de ella privados, contristamos los divinos ojos. Si pues os probare primeramente que la gracia santificante es perfectísimo principio de órden moral, y por consiguiente, segun lo dicho, de moral hermosura, y en segundo lugar que excede toda ponderacion la excelencia con que desde el primer instante de su ser la poseyó María, habré probado que fué María en su Concepcion tipo de moral belleza, por el mero hecho de haber sido preservada en ella de la mancha del pecado original.

Ahora bien, tratando de convenceros por partes de esta doble verdad, permitidme comenzar por indicaros algunas nociones teológicas acerca de la naturaleza de la gracia santificante.

Considerando *en sí mismo* este precioso carisma, y recorriendo brevemente sus propiedades más esenciales, fácilmente se conoce que cada una de ellas es principio de órden. Es la gracia santificante formal fundamento, ya de la amistad que hay entre el Señor y el alma justa, ya de la admirable adopcion por la que se nos llama, y somos en realidad de verdad, hijos de Dios.

Por ella tambien se verifica aquella tan estrecha union de la criatura con el Criador, que significa el Apóstol cuando dice: *Qui... adhaeret Domino, unus spiritus est* (1). *El que está unido con Dios* (entiéndese por medio de la gracia), *se hace un espíritu con él*. Como lo veis, cada una de estas propiedades, á la par que contiene elementos de union, contiene variedad y unidad, que son los elementos constitutivos del órden. Y mucho más todavía lo entraña la gracia en razon de ser una inefable participacion de la divina naturaleza, como que de esta suerte comunica al alma la proporcion que existe entre un ejemplar perfectísimo y su viva imágen.

Pero yo me he propuesto probar que la gracia santificante es fuente, no de un órden cualquiera, sino de aquel que por resultar de una serie de actos moralmente buenos, suele denominarse órden moral. Para esto bástame considerarla un solo momento como *principio de actividad*, esto es, como principio de la vida sobrenatural del justo: bajo este aspecto aparece á la vista

---

(1) Ad Cor. 2.ª VI, 17.

interior del espíritu, ataviada con el numerosísimo y por extremo hermoso conjunto de todas las virtudes cristianas. Puesto que, por una parte, es como fuente y raíz de un sinnúmero de hábitos sobrenaturales, á saber, de las virtudes teologales, de los dones del Espíritu Santo y de las innumerables virtudes morales, que en cuanto pertenecen al entendimiento, se reducen á la virtud cardinal de la prudencia, y en cuanto pertenecen á la voluntad, se subordinan á las virtudes igualmente cardinales de la justicia, fortaleza y templanza. Por otra parte, todos estos hábitos, cuando obran, de necesidad producen actos moralmente buenos con bondad de órden sobrenatural y divino; hay aún más: están realzados con particular nobleza los actos de las virtudes teologales y de los dones del Espíritu Santo, por tender directamente los primeros hácia Dios como á su inmediato y principal objeto, y por proceder los segundos de muy especial mocion del divino Espíritu. Añádase finalmente que por medio de la gracia santificante es elevada el alma á un linaje de actividad tan sublime, que no sólo con sus potencias, sino con su propia esencia, concurre á la produccion de cada uno de los actos

sobrenaturales, y podreis juzgar si debe llamársela fuente y principio de órden moral. No cabiendo en esto duda ninguna, pasemos á considerar con qué excelencia la tuvo María desde el momento de su Concepcion.

Ante todo la tuvo con admirables privilegios, pues Dios nuestro Señor comunicó á su bendita alma nuevos principios de órden, infundiéndole de una manera sobrenatural los hábitos de esas virtudes que no sobrepujan las fuerzas de la naturaleza; y con librarla del fómite de la concupiscencia y confirmarla en gracia, le dió la más completa y estable posesion de ella. Mas veamos principalmente el alto grado en que María la poseyó, para poder inferir lo subido de su celestial belleza.

Es cosa cierta que cuantas prerogativas la sublimaron sobre los demas hijos de Adan, tuvieron por fundamento la grandeza de su divina maternidad, y con ella guardaron la proporcion debida. Del privilegio de su Concepcion Inmaculada (y la misma razon vale para los otros dones que le acompañaron), canta la Iglesia haberle sido conferido «con el fin de que fuese preparada una mansion digna del Hijo de

Dios ([1]).» Así pues, si queremos estimar en lo que se debe el grado de gracia de que estuvo adornada, no ya al fin de su vida, sino en el primer momento de su existencia, es preciso medirlo con la alteza de la maternidad, á la que desde entónces estaba llamada: alteza, para otra mente que la divina, incomprensible. A su vista el estupor embargaba el ánimo de los Santos, acostumbrados á remontarse en alas de sublime contemplacion. San Pedro Damiano, despues de no haber tenido reparo en afirmar que está Dios presente *por identidad* en la Vírgen María, *porque es lo mismo que ella (quia idem est quod illa)*, exclama: «Calle y estremézcase aquí toda criatura, y apénas se atreva á levantar los ojos hácia la inmensidad de tanta grandeza ([2]).» Con igual, si no con mayor vehe-

---

([1]) Deus, qui per Immaculatam Virginis Conceptionem dignum Filio tuo habitaculum praeparasti... (Oracion de la Misa de la Inmaculada.)

Munera nostra, Domine, apud tuam clementiam Immaculatae Dei Genitricis commendet oratio, quam ab omni originali labe praeservasti, ut dignum Filii tui habitaculum effici mereretur. (Secreta de la Misa de la Vigilia.)

([2]) Quarto modo inest uni creaturae, videlicet, Mariae Virgini, identitate, quia idem est quod illa. Hic taceat et contremiscat omnis creatura, et vix audeat aspicere tantae dignitatis... immensitatem. (Serm. XLIV, I in Nativ. B. V. Mariae.)

mencia, exclama á su vez Eadmer ([1]), interpretando fielmente el espíritu de San Anselmo y de toda la tradicion cristiana: «Anhelando por contemplar de algun modo, siquiera con la anublada vista del corazon, la excelencia de la bienaventurada Madre de Dios, excelencia superior á cuanto ha sido criado, excepto el Hombre-Dios ([2]), me causa horror la enormidad de los pecados que me agobian, y mucho temo que al querer encumbrarme tan alto, se me opongan al punto aquellas palabras de la sagrada Escritura: *Obró maldades en la tierra de los santos, y no verá la gloria del Señor* ([3]).

([1]) A lo que parece, la íntima union de este insigne escritor eclesiástico con San Anselmo, en su juventud como discípulo aventajado, y más adelante como amigo y compañero inseparable, dió ocasion á que ántes del exámen de una rigurosa crítica se atribuyesen algunas de sus obras al digno predecesor de Santo Tomás de Cantorbery. Sea de ello lo que fuere, no hay duda que, principalmente en atencion á esa perfecta conformidad de espíritu, los Benedictinos y el abate Migne en sus ediciones monumentales de Patrología han dado á luz las obras del discípulo á continuacion de las de su esclarecido maestro.

([2]) No deben entenderse estas palabras, como es claro, de la adorable persona de Nuestro Señor Jesucristo, sino tan sólo de su humanidad sacratísima.

([3]) Supereminentem omni, quod post hominem Deum creatum est, excellentiam Beatae Matris Dei quomodocumque, et saltem lippienti oculo cordis, contemplari anhelans..., horreo pecatorum, quibus premor, enor-

Y á la verdad, cristianos, ¿á quién no causa admiracion ver á la Vírgen estrechando en el maternal regazo al Unigénito del Padre, y contemplando en sus labios la sonrisa del amor filial? ¿Quién la oye, sin extasiarse y conmoverse, dirigir á su divino Hijo aquella no ménos tierna que sentida queja: *Fili, quid fecisti nobis sic?* (1) *Hijo mio, ¿cómo has obrado de esta suerte con nosotros?* Sobre todo, ¿á quién no infunde pavor y asombro la idea de que al adorar por toda la eternidad en el cielo el cuerpo glorificado de Jesucristo, adoraremos real y verdaderamente la que fué virginal sangre de María? Pudo consiguientemente el Doctor Angélico asegurar sin asomo de encarecimiento que la dignidad de Madre de Dios raya en lo infinito (2); y ahora

---

mitatem, et valde timeo ne mihi tam alta petenti mox obiiciatur illud Sacrae Scripturae dictum: *in terra sanctorum iniqua gessit, et non videbit gloriam Domini.* Is., XXVI, 10. (Initio lib. de excellentia Virginis Mariae.)

(1) Luc., II, 48.

(2) Ad quartum dicendum, quod humanitas Christi, ex hoc quod est unita Deo, et beatitudo creata, ex hoc quod est fruitio Dei, et beata Virgo, ex hoc quod est mater Dei, habent quamdam dignitatem infinitam ex bono infinito, quod est Deus; et ex hac parte non potest aliquid fieri melius eis, sicut non potest aliquid melius esse Deo. (Summ. theol., part. I, quaest. 25, art. 6.)

entiendo por qué algunos espíritus, tan luégo como se dejaron guiar de lo que les dictara la simple razon, se negaron á tener á una pura criatura por verdadera Madre de Dios: fué menester que resonase la voz infalible de la Iglesia, y aprendiese el hombre á no señalar término á la bondad, sabiduría y omnipotencia divina.

Volviendo ahora á mi propósito, hagamos, amados oyentes, por rastrear el grado de gracia consecuente á una dignidad, con la que no sufre parangon la de todas las criaturas existentes y posibles, por ennoblecidas que las supongamos. Nos quedaríamos muy léjos de la verdad, si nos contentásemos con creer que igualó al del Serafin más excelso. Podemos, debemos creer que excedió, y excedió con mucho, al cúmulo de gracia que atesorarán los santos y ángeles juntos en su estado de término y consumacion. No fué infinito: hé aquí el único límite que nos es lícito fijarle. Al hacer reflexion que ésta es la medida cabal de la belleza de María, mi pecho se llena de júbilo, y no pudiendo apénas prestar fe á la realidad, llego á veces á dudar si padezco deliciosísimo ensueño, y me finjo un sér ideal, llevado de un deseo, si bien piadoso, ménos discreto. Mas luégo reco-

brado de mis temores, me complazco en recorrer en espíritu á los predestinados de todo pueblo, tribu y lengua, escogidos de entre tantas generaciones como se han sucedido ya una tras otra, y como en lo por venir quedan por aparecer sobre la haz de la tierra; me complazco en conjeturar el número de las angélicas inteligencias, mayor, segun lo dan á entender el Profeta Daniel ([1]) y los Santos Ireneo ([2]), Gregorio Magno ([3]) y Gregorio Niseno ([4]), que las arenas del mar, los átomos del aire y las estrellas del firmamento; tengo en cuenta por otro lado los finos quilates de sobrenatural hermosura que corresponderán, ya á cada ángel en razon de su respectiva jerarquía, ya á una muchedumbre sin cuento de

---

([1]) Millia millium ministrabant ei, et decies millies centena millia assistebant ei. (Dan., VII, 10.)

([2]) Deinde autem cum sint multi et innumerabiles circa Factorem angeli, quemadmodum omnes confitentur prophetae. (Dan., VII, 10.) Adversus haereses lib. II, cap. VI.

([3]) Supernorum civium numerus infinitus et definitus exprimitur: ut qui Deo est numerabilis, esse hominibus innumerabilis demonstretur. (Antes de estas palabras cita las del Profeta Daniel.) Lib. XXII Moral. cap. XI.

([4]) ... eorum (angelorum) copiae numero quodam infinitae sunt. Sic enim suis illis in visis Danielus commemorat. (Lib. de hominis opif., cap. XVII.)

bienaventurados; por último, procediendo en serie casi infinita desde el menor de los bienaventurados hasta el más encumbrado de los serafines, añado sucesivamente gracia á gracia, hermosura á hermosura, y en seguida con arrebatado deseo quiero traspasar estos límites para engolfarme en la hermosura de María Inmaculada; pero en vano: aquí se me ofusca la mente, túrbase mi espíritu, y mi corazon como que desmaya y se enajena, y con el corazon, más bien que con los labios, puedo repetir: *Tota pulchra es, amica mea, et macula non est in te. Toda hermosa eres, amada mia, y no hay en tí mancilla.*

Lo dicho bastaba á dejar asentado que María fué en su Concepcion tipo el más perfecto de belleza moral. Con todo, no es razon que pase en silencio cómo, con haber sido la única entre los hijos de Adan, que en aquel punto poseyera la gracia santificante, representó todo el órden moral de la creacion visible: otro argumento de su belleza.

Hallando Dios en su esencia la fuente de una felicidad sin límites, sólo el amor pudo moverle, á fuer de sumo bien, á difundirse y comunicarse por medio de la creacion. Oid si no las palabras con que da principio á la obra maestra de sus manos: *Faciamus hominem ad imaginem et similitudinem nostram* (¹). *Hagamos al hombre á imágen y semejanza nuestra.* ¡Ah! Voces son éstas de amor, porque propio es tan sólo del amor desear que otro participe de nuestro sér, y sea como nuestra imágen, que miremos con aquella complacencia, con que nos miramos á nosotros mismos. No parece sino que estas palabras son en cierta manera el eco de aquella palabra fecunda y nunca interrumpida, con la

(¹) Gen., I, 26.

cual desde toda eternidad reverbera el Padre en el Hijo su perfecta y sustancial imágen. Así es como, apénas salidas de los labios del Criador, despiertan de la nada al primer hombre, é imprimen en su alma una peregrina copia del divino sér. Admirad aquí, oyentes mios, los misterios de un amor incomprensible y de una infinita sabiduría. Queriendo Dios poder amar á Adan, le reviste de su semejanza; siendo en extremo grande el amor con que desea favorecerle, no ménos debe serlo aquella. A este fin excogita el medio maravilloso de sublimarle en tal grado al órden sobrenatural, que sin identificarle consigo mismo, como asquerosos gusanillos de la tierra han soñado y sueñan en vergonzoso delirio ([1]), le endiosa comunicándole su propia naturaleza del modo con que puede ésta

([1]) ¿A qué disimularlo? Al hablar así, me referia principalmente á esos krausistas españoles, que avergonzándose de enseñar clara y francamente los errores panteísticos, trabajan de un modo más ó menos solapado, más ó ménos artero, por introducirlos en las aulas universitarias. Lo extraño es que no se avergüencen tambien los mismos de renegar de la fe de sus padres, de pervertir traidoramente á la incauta juventud, y de resucitar aquende los Pirineos un sistema que, sepultado en el olvido, áun en la patria de su inventor, es, como si dijésemos, la hez de los impíos y absurdos sistemas del panteismo germánico.

comunicarse, y confiriéndole el derecho de ser amado con amor poco ménos que infinito: este medio, lo habeis adivinado ya, es la gracia santificante. Por donde se deja conocer que la gracia en el intento del Criador era el dulcísimo lazo, con el cual quería unir para siempre á su corazon el corazon de la criatura. Notad asimismo cómo Dios, respetando su libre albedrío, deja en sus manos la facultad de conservar ó romper el estrecho vínculo que les une entre sí, segun guardare la gracia santificante ó prefiriere despojarse de ella. Pero como para el verdadero amante nada hay más temible que la inconstancia del amado, procura Dios asegurarse la correspondencia de Adan, dotándole de un completo dominio sobre la concupiscencia, incentivo y manantial perenne de rebelion contra la ley divina, y vinculando á su fidelidad una vida inmortal y de todo punto dichosa. En verdad que no cabía de parte de Dios amor más extremado. Tenemos tanta más razon de confesarlo, cuanto que en Adan á nosotros amaba, en Adan nos colmaba de finezas y favores, en Adan nos prometía vida de ventura, y en Adan nos pedía en retorno sólo amor.

Este, pues, es nuestro destino: vivir vida de

inocencia y pasar dias de paz siempre serena y de felicidad exenta de dolor... Mas ¡ay! miro en torno mio, y ¿cuál es el espectáculo que me presenta la tierra? Pasando por alto las grandes calamidades que á menudo siembran la desdicha por el mundo entero, no tienen número los quebrantos que de contínuo aquejan al hombre. Unas veces es víctima de la envidia, otras de la calumnia; ya le consume la lucha interior de las pasiones, ya ve burladas sus mas risueñas esperanzas; ora le postra la enfermedad, ora le condena á perpétuo llanto la muerte de sus amados; y al fin pasa él mismo por el trance inevitable y tan temido de la agonía y de la muerte. Pues ¿qué diré del estado de maldad en que yacen los más de los hijos de los hombres? Innumerables pueblos, sepultados todavía en tinieblas de muerte, confunden al Dios infinitamente perfecto, primer principio y último fin de todas las cosas, con seres inanimados é irracionales, con sus propios vicios, y, lo que más es, con el enemigo jurado de Dios y del hombre, el ángel de la soberbia. En las regiones mismas que profesan seguir los dictámenes de la moral evangélica, vemos á cada paso oprimida la inocencia, fa-

vorecida y pujante la iniquidad; disfrázase la hipocresía con el manto de la virtud; la verdad se apellida error, y el error verdad irrefragable; rara, muy rara es el alma que no haya contaminado repetidas veces la cándida estola de la inocencia; en un punto al ménos, al ser concebidos, todos sin excepcion somos *hijos de ira* (¹). ¿Quién dijera en un principio á nuestro comun padre, que en vez de la inocencia y delicias del Eden legaría á sus hijos herencia de maldicion, y que la vida había de trocarse para él y para ellos en fuente de amargura?

Pero yo pregunto ahora: ¿no era conforme á razon que Adan todo lo pospusiese á la conservacion de la gracia santificante? ¿No convenía que sacrificase, no diré los sueños de gloria con que lisonjeaba su orgullo la sierpe infernal, sino todo su sér, ántes que rebelarse contra la voluntad de su Dios? En suma, ¿no exigía el órden moral que á toda costa correspondiese á los amorosos designios del Hacedor? ¡Dios mio! no os haremos el agravio de ponerlo en duda. Vos que escudriñais los corazones de los hombres,

(¹) ...et eramus natura filii irae, sicut et caeteri. (Ad Ephes., II, 3.)

sois testigo de que en medio de las infidelidades á que á veces nos ha arrastrado la pasion, nunca hemos procurado ahogar aquella voz, que se levantaba en lo más recóndito de la conciencia para clamar contra nuestra ingratitud. ¿Acaso no era sobrada dignacion de vuestra bondad permitir al hombre que os adorase, la frente hundida en el polvo, para que le permitiéseis—¿qué digo?—para que le pidiéseis en tono de súplica que os amase? Cristianos, si Adan, al desechar la gracia santificante, no obró contra el órden, ¿qué es el órden?...

Acatemos, por tanto, la justicia del Señor, y humildemente reconozcamos que léjos está el castigo de responder á la culpa. Con todo eso, hay una idea que rehuye mi mente, porque me llena de angustia y desconsuelo: lo mismo experimentareis vosotros, amados hermanos mios. ¿Será, pues, verdad que, frustrado enteramente el fin de la creacion visible, Dios, que tanto nos amó, no pueda ménos de arrepentirse de habernos criado? ¿Que la vista de cada uno de nosotros al venir al mundo renueve la tristeza de su amor ofendido? ¡Esto es ya afligir demasiado el corazon divino! ¡esto es ya agravar demasiado

nuestro infortunio! ¡Oh! si hubiese siquiera una criatura que desde el primer momento de su ser amase por nosotros á Dios, y fuese digna de causarle agrado!... Apresurémonos, hijos infelices de Adan, á volver hácia María nuestros ojos bañados en llanto. Vedla salir del seno de la nada, y presentarse pura entre los hombres pecadores, cual suele despuntar entre espinas blanco y fragante lirio; y contemplemos juntos los inefables misterios que en este instante pasan.

Contristado el Señor de que su primera mirada sobre cada una de las criaturas fuese mirada de indignacion, por no hallar en ninguna su propia imágen, suspiraba por el momento en que sus ojos pudiesen fijarse complacidos en la Vírgen Inmaculada. *Aún no existían los abismos; todavía no habían brotado las fuentes de las aguas, ni estaba asentada la pesada mole de los montes* (1), cuando ya la llamaba con estas voces: *Levántate, apresúrate, amada mia, paloma mia, hermosa mia, y ven* (2); *muéstrame tu rostro, suene tu voz en mis*

---

(1) Nondum erant abyssi..., necdum fontes aquarum eruperant: necdum montes gravi mole constiterant... (Prov., VIII, 24, 25.)

(2) Surge, propera, amica mea, columba mea, formosa mea, et veni. (Cant., II, 10.)

oídos, pues regalada es tu voz, y tu faz hermosa (1). Apénas llegó el tiempo de comenzar la obra de la creacion, ya sea que la mano creadora *extendiese los cielos, ya pusiese en equilibrio los manantiales de las aguas, bien ciñese la mar con sus términos é impusiese ley á las aguas para que no traspasasen sus límites, bien asentase los cimientos de la tierra* (2); ni un punto dejaba de solazarse su mente con la encantadora imágen de María. Y ahora que existe el objeto de sus eternos amores, el traslado primoroso de su ser, *el candor de su eterna luz, el espejo sin mancilla de su grandeza y la imágen de su bondad* (3); ahora que su mirada se embelesa con los resplandores de tanta hermosura, ¿qué entendimiento podrá entender, qué lengua declarar lo inefable de sus delicias? En el exceso de su amor todo un Dios dice á una criatura: *Averte oculos*

---

(1) ...ostende mihi faciem tuam, sonet vox tua in auribus meis: vox enim tua dulcis, et facies tua decora. (Ibid., 14.)

(2) Quando praeparabat coelos... et librabat fontes aquarum: quando circumdabat mari terminum suum, et legem ponebat aquis, ne transirent fines suos: quando appendebat fundamenta terrae. (Prov., VIII, 27, 28, 29.)

(3) Candor est enim lucis aeternae, et speculum sine macula Dei maiestatis, et imago bonitatis illius. (Sap., VII, 26.)

tuos a me, quia ipsi me avolare fecerunt ([1]). *Tota pulchra es, amica mea, et macula non est in te. Aparta tus ojos de mí, porque me han enajenado.* Verdaderamente *eres toda hermosa, amada mia, y no hay en tí mancha alguna.* María por su parte se descubre á sí misma, anegada en abismos de gracia; advierte la mirada amorosísima de su Dios, y anonadándose en su soberano acatamiento, le adora y tiende hácia él á impulsos de encendidísimo amor; y así que, alumbrada por luz de lo alto, ve que ella es la única en haber correspondido á las miras de Dios en la creacion visible, con toda la intension de un amor con que no se igualara el amor de todos los hombres juntos, á haber heredado la justicia original, le ofrece en resarcimiento de tan grave desórden el cúmulo insondable de gracia con que plugo á su infinita bondad enriquecerla, y arrebatada de gratitud prorumpe en estas palabras de divino júbilo: *Yo me regocijaré extremamente en el Señor, y el alma mia pondrá en mi Dios todo su gozo, porque me ha vestido con el ropaje de la salud, y me ha cubierto con el manto de la justicia como á*

([1]) Cant., VI, 4.

esposa con sus joyas ataviada ([1]). ¡Oh instante el más suave y sublime que haya habido en los siglos, excepto aquel en que se revistió de carne mortal el divino Reparador del órden, órden él mismo por esencia y belleza infinita! ¡Oh instante, que vió compendiarse en una criatura sola el órden correspondiente á todas ellas! ¡En él comenzó á recobrar su antiguo esplendor la humana naturaleza, y se mitigaron los divinos enojos contra los desventurados hijos de Adan! ¡En él tambien se hizo María acreedora á que su belleza recibiese homenajes de gratitud y amor de parte de toda la creacion visible!

En el punto de ser concebida la Vírgen en el materno seno, la misma naturaleza, como si quisiese remedar sus encantos, engalanó el manto de duelo que la cubre desde el primer desconcierto de la creacion. Bellísimamente nos la pinta San Juan Damasceno «temerosa de tomar el paso á la gracia, y esperando que ésta hubiese

---

([1]) Gaudens gaudebo in Domino, et exultabit anima mea in Deo meo: quia induit me vestimentis salutis; et indumento iustitiae circumdedit me,... quasi sponsam ornatam monilibus suis. Is., LXI, 10. (Con estas palabras comienza el Intróito de la Misa de la Inmaculada.)

ántes producido su efecto (1).» La representa el sabio Idiota deseosa de dar realce á la belleza interior de María con lo más escogido de su propia exterior belleza, y *sumamente solícita en juntar y dar* suave *colorido* á sus virginales miembros (2). Pero los hombres son de quienes más amor ha recibido la hermosura de la Vírgen Inmaculada. Y con razon, pues no se les oculta que la gloria de su belleza redunda en honra de nuestro linaje, como que María es, y no tiene á ménos llamarse, hija de Adan y hermana nuestra suavísima. Por esto en ella cifró siempre su prez, ornamento y alegría el pueblo santo de la nueva Sion, la Iglesia católica; y bien han mostrado los fieles lo que pasaba en lo más secreto de sus corazones, con no darse por satisfechos hasta lograr que les fuese en adelante imposible no creer y amar lo que ántes libremente creyeron y amaron, añadiendo así la última y más hermosa flor

---

(1) Natura enim gratiae cedit, extatque tremula pergere non sustinens. Quoniam itaque futurum erat, ut Dei Genitrix Virgo ex Anna nasceretur, natura gratiae germen antevertere non ausa est; sed mansit fructus expers, dum gratia fructum ederet. (Homil. VI, n. 2.)

(2) Natura etiam, quae per te reparanda erat, in *compaginando* te et *colorando* studiosissima fuit... (Opus plenum de B. Virg.—Part. II, contempl. 5.)

á esta como corona, que fué tejiendo á la belleza de María el amor de las generaciones cristianas. Mas sólo á tí, augusto Pio, estaba reservada la dicha de ceñir con ella sus purísimas sienes. ¡Tú fuiste el escogido del Eterno! ¡Oh! ¡Quién me diera haberme podido confundir entre la inmensa muchedumbre reunida en el Vaticano, y contemplar de cerca tu rostro bañado en celestiales resplandores, cuando con voz por el amor enardecida y á la faz del cielo y de la tierra proclamaste á María siempre Inmaculada, siempre hermosa, siempre regalo y dulcedumbre de Dios! ¡Quién me diera, por lo ménos, haber podido acompañar á esos dignos hijos de España, mi adorada patria, que fueron, poco há, en romería santa á ofrecerte el tributo de su filial amor en tu prision del Vaticano! Yo tambien, postrado á tus piés y derramando dulces lágrimas, te hubiera ofrecido todo el amor de mi pobre corazon. ¡Dichosos, mil veces dichosos ellos, porque pudieron oir palabras de bendicion de esos mismos labios infalibles, que definieron la Inmaculada Concepcion de nuestra benditísima Madre! Protege y consuela, Madre mia, á tu amado prisionero del Vaticano, y no olvides que, cumpliendo

el ferviente anhelo de tus hijos, dió á tu belleza la gloria que, hace tantos siglos, de los hombres esperabas.

Vosotros tambien, amadísimos oyentes, recordareis con afecto tan venturoso dia, y tendreis por muy singular favor del cielo haber recibido el ser en este siglo, en que los hombres han dado á la hermosura de María la mayor muestra de amor que estaba en su mano. Lo creo, porque ya en la infancia os enseñaron vuestras madres á probar la indecible suavidad del amor á la Concepcion de la Vírgen María. Lo creo, porque ciertamente no ignorais que su misterio predilecto es el de su Concepcion Purísima. Lo creo, porque sois españoles, y no es para España una de sus menores glorias, á pesar de que las tiene tantas y tan grandes, el haber tomado por excelsa Patrona á María Inmaculada, y el haberse distinguido entre todas las demas naciones, por medio de sus incomparables artistas (1), profundos teólogos y celebérrimas Univer-

(1) ¿Cómo dejar de hacer aquí breve mencion de nuestro inmortal Murillo? Sabido es que, movido de su tierno amor al misterio de la Purísima Concepcion, tuvo especial complacencia en representarlo varias veces con inspirado pincel. Con todo, su *Purísima* más celebrada es la

sidades [1], en defender, ensalzar y promover el culto de tan soberano é inefable misterio. Sin embargo, séame lícito dirigiros un ruego salido de lo mas íntimo de mi alma: hoy, y de aquí en ade-

---

que adorna, cual inestimable joya, el principal museo de la vecina república. ¡Lástima grande que no le preste su claridad este hermoso cielo de España, bajo el cual ostentó su belleza por vez primera!

No tocándome á mí hablar de los infinitos primores de cuadro tan precioso, quiero, á lo ménos, llamar la atencion de mis lectores sobre la profundidad de la *idea filosófica*, que en él campea. No se necesita reflexionar mucho para descubrir en lo lánguido y apasionado juntamente de la actitud, del semblante y, sobre todo, de la mirada de la Vírgen, la expresion del más puro y ardiente amor, que sólo puede dimanar de la plenitud de la gracia santificante, y en virtud del cual, más bien que al blando empuje de los ángeles, creen los ojos verla realmente subir hácia el cielo para juntarse con su Amado. Por otra parte, en su sonrisa, en sus ojos, en su frente, en su semblante todo, contempla la vista extasiada el fulgor de una belleza, cuya suavísima *idealidad*, digámoslo así, cautiva irresistiblemente el corazon; siendo muy de admirar el arte con que está de tal manera combinada la belleza de la Vírgen con la expresion de su amor, que parece con él confundirse, ó no ser sino su natural reflejo.

En la *idea filosófica* del cuadro de Murillo habrá reconocido el lector la idea fundamental de este panegírico; si bien el modo imperfecto como yo la desenvuelvo, desdice tanto de la destreza con que él divinamente la revistió de las formas del arte. Y adviértase que para concebirla, probablemente no consultaria Murillo sino su fe y su corazon; pero la fe brota del seno de sus tinieblas vivísima luz, y no pocas veces debe el genio al corazon sus más sublimes inspiraciones.

(1) Acerca de la de Salamanca, véase el apéndice.

lante, recogidos en la presencia del Señor, preguntaos muchas veces á vosotros mismos, si poneis todo vuestro empeño en ofrecer á la Inmaculada Vírgen un amor ménos indigno. ¿No es verdad que no tuvo límites su moral belleza, así como no los tuvo el órden moral de que la revistió la gracia santificante, considerada, ya en sí misma, ya con respecto al fin de la creacion visible? Pues no pongamos tampoco nosotros tasa ni medida á nuestro amor. ¿No es cierto que semejante hermosura tuvo su principio en la gracia santificante? Pues tengamos en debido precio esta gracia, capaz de embellecer en tanto grado el alma que la posee; y al contrario, cobremos horror al pecado, pues que de él se origina el lamentable desconcierto de la creacion: él solo (aprended á conocer su fealdad, pecadores), él solo, enseñoreado por un momento del alma de la Vírgen, de tan hermosa que fué, la hubiera convertido en objeto de indignacion á los ojos de Dios. Y como lo único que pudiera moveros á desestimar el tesoro de la gracia santificante, es el amor del mundo, acordaos que éste sabe coronar dignamente sus mentidos deleites con la pavorosa realidad de la muerte. ¡La muerte!...

¡Qué triste recuerdo!... Pero, hermanos mios, ¿por dónde podemos mover el paso en este valle de lágrimas, que no encontremos sus tristes huellas? Este mismo templo, hoy ricamente adornado, fué ayer testigo de fúnebres y merecidas pompas (1). ¿Quereis saber cuál es el medio más seguro para lograr la envidiable muerte de los justos? ¿Quereis, no sólo morir santamente, sino ademas con muerte apacible? Tened á la Inmaculada una devocion cada dia más tierna y entrañable, que no puede ménos de ser muy dulce morir bajo su mirada y con el corazon enamorado de su hermosura. Inmaculada Madre mia, si me alcanzas del Corazon de tu divino Hijo la gracia de morir en tu amor, ¿por qué he de temer la muerte? Cuando me viere ya cercado de sus sombras, mis trémulos labios te llamarán de nuevo Purísima é Inmaculada, y diré: duerma, duerma ya el sueño de la muerte, pues he de despertar á tus plantas, para desde allí eternamente contemplar tu belleza, eternamente

(1) El dia ántes, habian tenido lugar en la Clerecía con gran solemnidad las exequias de Doña Isabel Bermudez de Castro y Lammamie de Clairac, mucho más conocida en toda Salamanca por sus ejemplares virtudes que por su nobleza.

bendecir á ese Dios que tan hermosa te crió, y eternamente repetir arrobado en éxtasis de amor: *Tota pulchra es, amica mea, et macula non est in te. ¡Toda hermosa eres, amada mia, toda hermosa eres, y no hay mancha en tí!.....*

APÉNDICE.

La Universidad de Salamanca defendió siempre la santidad y limpieza de la Concepcion de la Vírgen; y así como se aventajó en celebridad de doctrina á las demas Universidades de España, así más que ninguna de ellas contribuyó á preparar el triunfo definitivo de una creencia, en aquellos tiempos por no pocos combatida, y declarada ya con increible gozo de los fieles dogma católico. Fácil me fuera probar este doble aserto, trayendo muchos y auténticos documentos. Pero por no compadecerse su número y extension, áun por vía de apéndice, con la brevedad propia de un simple panegírico, solamente citaré, copiándolo del archivo de dicha Universidad, el Juramento hecho por todos y cada uno de los individuos de su Claustro en la Iglesia de Santa Ursula, á fines de octubre del año 1618. Deseoso de dar alguna muestra de mi admiracion á una Universidad, en la que, desde mis primeros pasos en el camino de la ciencia, me han parecido cifrarse las glorias de la grande escuela filosófica y teológica española, no me ha ocurrido otra mejor que la de unir estrechamente su nombre al de la Vírgen Inmaculada.

JURAMENTO

DE LA CONCEPCION

HECHO

POR LA UNIVERSIDAD DE SALAMANCA.

Purísima Vírgen de las Vírgenes, Santísima Madre de Dios, Emperatriz y Reina del cielo:

El parecer y opinion que esta insigne Universidad, vuestra muy devota y aficionada, tiene, mucho tiempo há, de vuestra santísima y limpísima Concepcion, y que siempre ha guardado en el archivo de su devotísimo pecho, segun se puede creer, no sin inspiracion divina, y que ha profesado en sus disputas públicas en razon de la excelencia de vuestros merecimientos y dignidad, deseando manifestar y dar á entender en algun tiempo el afecto y devocion que os tiene,.y haziendo una vez más solemne ceremonia para mayor gloria de vuestra pureza, lo muestra por la obra en este sagrado y feliz dia de vuestra fiesta, movida de la gran piedad y celo de Nuestro Santísimo Padre Paulo Papa V, y de Felipe tercero, Rey de las Españas, y tambien de la devocion de todo el pueblo cristiano, que cada dia crece y se aumenta.

Nosotros, pues, N. N., en nombre y voz de toda esta insigne Universidad, votamos, prometemos y juramos firmemente á Dios todopoderoso, y á Vos, Santísima y gloriosísima Vírgen María, su Madre, que Vos, de quien todos á una voz y de comun consentimiento publicamos y sentimos que sois siempre bienaventurada, bendita, inmaculada y santa desde el primer instante de vuestra Concepcion, y que por los méritos de Jesucristo, Hijo Unigénito de Dios y vuestro, desde la eternidad previstos y conocidos, fuísteis libre de pecado original, preservándoos así la divina gracia, y que nosotros constantemente, en público y en particular, lo afirmaremos y predicaremos, y que en ningun tiempo nos apartaremos de este parecer. Y para que con más cierto y más durable suceso esta nuestra voluntad se confirme, hacemos estatuto que valga y tenga fuerza para siempre, y queremos y es nuestra voluntad que en ningun tiempo sea admitido, ni se gradúe de Doctor, ó Maestro, ó Licenciado, ó Bachiller, ni se le dé el tal título, sino el que hiciere este mismo voto, obligándose con juramento á que lo guardará siempre, así en público como en particular.

Este voto, promesa y juramento hacemos todos juntamente (así Dios nos ayude y estos sus santos Evangelios) en manos de su señoría Don Francisco de Mendoza, Obispo de esta ciudad, del Consejo del Rey nuestro Señor.

Miradnos, pues, Vírgen Purísima, Madre Santísima y Reina poderosísima, y desde el supremo asiento de vuestra felicidad volved á nosotros los ojos de vuestra acostumbrada piedad y misericordia. Volvedlos, pues, á nosotros y á esta nuestra, ó por mejor decir, vuestra Universidad, ofrecida y dedicada siempre á Vos y á vuestra honra. La cual por singular beneficio y favor vuestro reconocemos haber

subido desde los principios de su niñez á la perfeccion de edad, que ahora tiene con grandísima dignidad de nombre y fama; cuya celebridad y frecuencia favorecida de Dios por todo el mundo, á Vos, como de quien la recibimos, la agradecemos hincados de rodillas ante vuestros altares, y os rogamos por la santísima pureza y purísima santidad de vuestra Inmaculada Concepcion concedais vaya siempre en aumento con felices sucesos, para gloria de vuestro, Hijo y honra vuestra y ayuda de la santa Iglesia Romana. Finalmente, permitid, Señora, que se cuelgue de las paredes de vuestro templo esta ofrenda de nuestra piedad y devocion, recibiéndola benigna y favorablemente.